

De Senectute

Consideraciones preliminares sobre la ancianidad de Cicerón

Óscar Velásquez

Cicerón, un hombre público, mantuvo en forma inquebrantable una devoción constante a la filosofía y a las letras. Una rara combinación de político y pensador, aunque en la Antigüedad parece haber sido más común de lo que se podría pensar. Su vida desmiente la excusa de que la actividad pública impide el cultivo de las humanidades y el ejercicio del pensamiento. Esto se tradujo en multitud de obras escritas que han desafiado el paso del tiempo y el olvido de las generaciones posteriores. Se ha podido demostrar que sus elaborados trabajos teóricos en filosofía y política estaban íntimamente relacionados con su actividad pública y la eficacia en el arte de gobernar. En Cicerón, su saber teórico no impidió la acción sino al contrario, fue la fuente constante que nutrió su intensa actividad republicana.¹

En la vida de su tiempo, fue un ciudadano singular, distinguido, polémico. Había en él una infrecuente mezcla de sentido de las circunstancias y habilidad intelectual. Esta la había demostrado Cicerón en sus famosas *Catilinarias*, expuestas ante el Senado Romano durante su consulado del año 63, y publicadas posteriormente. La ejecución sumaria de Catilina se convirtió luego en motivo de polémica,² y su audacia le valió un destierro temporal de su querida Roma. Por otra parte, la valentía demostrada en sus *Filípicas* (discursos contra el poderoso Marco Antonio, publicados *circa* diciembre del 44), bastarían para mostrarnos su temple de hombre y estadista. Catorce de ellas sobreviven, y al menos tres se han perdido. Marco Antonio, objetivo central de esta *Filípicas*, miembro del triunvirato a la muerte de César, impone luego el nombre de Cicerón en la lista de las proscripciones que conduce a la muerte violenta del Orador.

Cicerón simboliza a su vez la transmisión del saber griego a la lengua y cultura latinas. De ahí que su influjo fue permanente a través de toda la historia de la civilización occidental. Defendió hasta el final la República Romana, que había demostrado ser un sistema político eficaz, de equilibrios y de libertades individuales, sin precedentes en aquella época. Solo la República de los Atenenses, en el siglo quinto, podía ser señalada como un antecedente equivalente, digno de recordar.

El *De Senectute* fue publicado el año de su propia muerte. La ancianidad: una mirada positiva, optimista del ser humano, de la naturaleza humana en su totalidad. Porque es *natura* quien ha dado a cada fase de la vida su tiempo para vivirla. La ancianidad no es aquí tanto la última etapa, como el período de la madurez, en que el hombre recoge lo sembrado en todo el trayecto de una existencia. La mejor manera de vivirla es siguiendo las sabias insinuaciones del Dios generador de todo en el universo. He aquí un examen de lo que es la existencia del hombre sobre la tierra, y por tanto, una filosofía de la condición humana. De ahí que el *de Senectute* es una meditación acerca de la capacidad constante del hombre de perseverar en la búsqueda de la felicidad y la verdad hasta el final de la vida.

¹ A. E. Douglas (1968) 7. *Cicero*. Oxford.

² D. R. Shackleton Bailey (1971) 33. *Cicero*. London. "The nature of the crime, the confession of the criminals, and the existence of open rebellion outside Rome practically ruled out normal trial procedure. Cicero, always for strong measures against hardened offenders, favoured summary execution."

La más práctica y probable división de las edades en la antigüedad greco romana fue una de tres etapas: niño, joven, anciano; $\pi\alpha\iota\varsigma$, $\nu\acute{\epsilon}\omicron\varsigma$, $\gamma\acute{\epsilon}\rho\omega\nu$; *puer*, *iuvenis*, *senex*. Una división, se podría decir, de carácter cívico, que establecía mínimos para ciertos cargos y estipulaba obligaciones, como el servicio militar. Es grato saber que un *iuvenis* ('joven') era entre los romanos todo hombre joven hasta la edad de 45 años. El *senex*, 'anciano', era el individuo mayor de 45, cosa por supuesto *non tam grata* para muchos aquí, pero consoladora para quienes han recorrido ya un buen trayecto. Este era el modo oficial de ver el asunto; porque en nuestro libro se usa varias veces, además, el término *adulescens*, 'adolescente', que incluía a los jóvenes, hombres y mujeres, desde los 17 hasta los 30 años de edad. Naturalmente que Cicerón, al hablar de la *senectus* en su famosa obra, se refiere a una edad más avanzada que los 45, puesto que el protagonista elegido para su *De Senectute* es Marco Porcio Catón, el Censor (234-149 a. C.). Un varón de 85 años bien cumplidos. Estadista, hombre austero, y de gran figuración política. Vivió en los que Cicerón consideraba eran los tiempos más gloriosos de la República Romana. Y Catón simbolizaba las virtudes cívicas y personales de aquellos años. La Guerras Púnicas (264-146) habían probado ser los mejores tiempos de la República. Las virtudes cívicas, el ánimo guerrero, la austeridad a toda prueba, el amor por la libertad habían logrado lo que ninguna otra nación había podido jamás alcanzar.

Estadísticas sobre la longevidad entre los antiguos (estamos en el CEP, y los autores en esta materia recomiendan ser cautos con ellas), nos indican que un cuarto de los niños morían en el primer año de edad; y que alrededor de un tercio de los que sobrevivían la infancia había muerto dentro de los diez años. Llegar a anciano, por tanto, era un verdadero privilegio, máxime si pensamos que en Atenas la edad promedio superior era de 34 años para las mujeres y 46 para los hombres. En Roma, se dice que la proporción era 35/44. ¿Por qué esta diferencia negativa para las mujeres en todas las clases sociales? La razón principal, que dan los autores, son 'los efectos debilitantes y a menudo letales del parto'.³

En esta perspectiva, la vejez describe un amplísimo arco que va desde los 46 años, pero el anciano típico es sin duda de mayor edad. En su dedicatoria del *De Senectute* a su amigo Ático, unos tres años mayor, le dice: 'Quiero aliviarte a ti, y también a mí, de esta carga que nos es común, es decir, de una ancianidad que ya apremia o que sin duda se aproxima, aunque estoy seguro que tú no solo indudablemente soportas esto, como todo, sino que te preparas para sobrellevarlo con moderación y sabiduría' (*sen.* 2).⁴ Cicerón tiene en ese momento 62 años y Ático 65. La vejez en consideración del autor es algo que se aproxima; una realidad que hay que aprender a sobrellevarla. Cicerón ha elegido escribir su *de Senectute* como un medio eficaz de aprendizaje y confortación personal, imaginando y reconstruyendo para su mejor amigo, la vida de un anciano romano ejemplar.

Una obra así, de tanta empatía para con la vejez, tan consciente del carácter otoñal del lento término de la vida pero lleno de un optimismo tan conmovedor, no podía pasar inadvertida. Y de hecho, desde su aparición se transformó en un clásico de la literatura occidental. Sorprendió a los contemporáneos su enfoque tan original, como nunca el tema había sido tratado antes ni en la literatura griega ni en la de los latinos. Porque las ideas sobre el tema iban por lo general en otra dirección. Ya Teognis de Megara (probablemente hacia el 550 a. C) escribía lo siguiente:

³ Robert Garland (2012) 37. *Oxford Classical Dictionary*. Hornblower, Spawforth, Eidinow (Eds.). Oxford.

⁴ Oscar Velásquez (2017) 33. *La Ancianidad Marco Tulio Cicerón*. Santiago de Chile. Lom.

Ni me inquieta por cierto la pobreza que aflige el corazón,
ni los hombres hostiles, que hablan mal de mí.
Mas lamento una amorosa juventud que me abandona,
y lloro ante la cercanía de la penosa ancianidad.

Y en la literatura romana, Horacio, al establecer los preceptos del drama y sus caracteres en el *Arte Poética* (vv. 169-174) dice:

Muchas incomodidades acechan al anciano,
ya porque atesora y miserable se abstiene,
ya porque tímida y fríamente administra su hacienda;
demoroso, dilatado en su esperanza,
indolente, codicioso del futuro, cascarrabias, quejumbroso,
presto a elogiar el tiempo vivido cuando niño,
reprensor y crítico de los más jóvenes.⁵

Estas ideas se escuchan en todas partes, hasta en nuestros tiempos. Aunque aquí el poeta intenta mostrar a algún novel escritor de dramas el prototipo de lo que el público espera ver de un viejo en escena. Pero Cicerón intenta darnos por lo general el aspecto amable, las características que hacen de un anciano un ser digno de querer, de respetar y honrar. Se ha pensado que un antecedente posible de esta visión tan positiva de la ancianidad estaría en un feliz episodio de los inicios de la *República* de Platón. La admiración de Cicerón por esta obra fue tan grande, que quiso seguir sus pasos en su propio *De Republica*, uno de sus libros más famosos.

Allí hace su aparición un personaje singular, el anciano Céfalo; y Sócrates se muestra señalándole al muy anciano y acaudalado Céfalo lo siguiente: ‘Porque los ricos, dicen, tienen muchos motivos de consuelo’, en consideración de la enorme fortuna que el anciano había reunido en su larga vida (*Rep.* I 329e). Pero esto vale más para el hombre discreto, reflexionará a su vez Céfalo. Porque a su edad, y ante la cercanía de la muerte, junto a la consideración de los mitos sobre el Hades y el pago de penas por parte de los injustos, la posesión de riquezas permite principalmente (aparte de no engañar ni mentir) el no adeudarle a la divinidad los sacrificios debidos, ni a los hombres el dinero (*Rep.* I 330d-331b). Si la justicia tiene que ver en algo con las riquezas, es que toda deuda crea una obligación de devolver lo adeudado. Si el hombre es rico y honrado, debemos suponer, no engañará en este aspecto a nadie y tendrá además lo suficiente para honrar sus obligaciones con hombres y dioses, lo que es una ventaja. Céfalo es un empresario de una industria floreciente: la de armamentos, pues fabrica escudos.⁶

He aquí las convicciones que guían la vida de este amigo de Pericles.⁷ Un demócrata, un oligarca tradicional en su ideología. Porque los relatos que se cuentan sobre el Hades, ‘que quien ha delinquido tiene que pagar allí la pena’ (*διδόναι δίκην*, *Rep.* I 330d) se vuelven

⁵ Oscar Velásquez (1999) 79. *Horacio Arte Poética*. Santiago de Chile.

⁶ Peter J. Steinberger (1996) 186. “Who is Cephalus?”. *Political Theory*. Vol. 24 N° 2: ‘After Cephalus’s death, his sons continued to operate his shield manufacturing business, hence continued to be extremely wealthy. This in no way prevented them from being ardent and influential democrats.’

⁷ Peter J. Steinberger (1996) 186: ‘Clearly, Pericles and Cephalus were not strangers, but in fact friends and allies’.

más verídicos, dice. Estas historias comienzan a tomarse en serio; y ahí está la principal recompensa (ἀξίαν) para un hombre mesurado (τῷ ἐπιεικεῖ). No solo para no engañar ni mentir, sino para no adeudarle a nadie, ni a dios ni a hombre. Así queda, en quien se inicia en la lectura de la *República*, el nombre de uno de aquellos, como dice Sócrates, ‘de los que han recorrido un camino que quizá también nosotros habremos de atravesar’ (I 328e).

Porque se trata aquí de un breve *de senectute avant la lettre*, que servirá de introducción al tema de la virtud y la justicia. De ahí que el punto principal relativo a la vejez está en eximirla de ser ‘la causante de todos los males que se sufren’. Los que se expresan de ese modo, ha continuado diciendo Céfalo, ‘no culpan a lo que es culpable’ (*Rep.* 329b); que dicho de otro modo, significa el no saber responsabilizar al verdadero factor causante de aquellos males que achacamos a la ancianidad. Poco se entendería sobre lo que está en juego en estas consideraciones preliminares de la *República*, si no comprendiéramos que el asunto de fondo está en el significado del vivir bien, un tema también central en el *De Senectute*. De ahí lo infundado de las quejas de muchos, de que antes de la vejez *vivíamos bien*, ahora en cambio con ella, *ni siquiera vivimos*. Este es el parecer de muchos, según manifiesta Céfalo, que entiende ya que la senectud es percibida como un estado de privación, en especial de los deseos.

Pero volvamos a Cicerón. Tenemos en el personaje central del *De Senectute* a un hombre de acción, político y guerrero, como casi todos los hombres de la prolongada y dramática época de la República romana. Es Marco Porcio Catón, el famoso Censor, severo e insobornable. Aquí, sin embargo, Cicerón traza los rasgos de una personalidad formidable y encantadora a la vez. Para Catón es claro que el vivir bien no depende simplemente de los grandes cargos y riquezas obtenidas. Son otros los factores que constituyen ese vivir bien. Porque el cultivo de la virtud se funda más bien en el natural modo de ser de cada ser humano. En otras palabras, consiste en saber adecuarse a la naturaleza propia, y en especial a aquella universal, que es sabia y divina. De esta manera, la causa única del no vivir bien no está en la vejez sino en algo que es más permanente en la existencia del ser humano, su *carácter* y su actitud en relación con el Todo. Así, en el *De Senectute* se perciben los valores de la Antigüedad, a los que la lengua latina y el espíritu romano logran imprimir rumbos renovadores. Estos acompañarán el trayecto de Occidente en las tareas que le esperan en lo porvenir.